

ESTEBAN
GONZÁLEZ PONS

LIBRO DE PECADOS

ESTEBAN GONZÁLEZ PONS
LIBRO DE PECADOS

© Esteban González Pons, 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.303-2025
ISBN: 978-84-670-7596-0

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



1

El asesinato de la exalcaldesa Blanca Vilallonga resultó un alivio para mí. No porque le deseara nada malo, me habría partido el alma siquiera imaginarle un perjuicio menor, sino porque, al menos, así se cortó la cadena de desdichas que nos arrastró por el barro los últimos ocho años.

La guerra que Bo Derek mantuvo con Madelman y que tanto sufrimiento causó sólo podía acabar de ese modo, con el ajusticiamiento de la perdedora, con la cabeza de nuestra María Antonieta rodando por el cadalso y con los revolucionarios recogiénola en silencio, entre espantados y satisfechos.

Alguien tuvo que hacerlo.

Ante la obvia imposibilidad de que se alcanzase alguna paz y por traumático que resultara matar a Bo, alguien hubo de tomarse la molestia. Era necesario que aquel descenso colectivo al infierno terminase en algún momento, con algún golpe definitivo.

Las sentencias se dictan para cumplirse, incluso las sobreentendidas, las que se imponen sin necesidad de ser pronunciadas, las que exige el destino.

¡A muerte! Era eso o el tormento colectivo. Era ella o los demás.

A mí, en particular, su asesinato me emancipó de una perpetua competición afectiva y me devolvió la propiedad de mis secretos, porque la angustia de la esclavitud psicológica influía, y mucho, en aquella sensación de vivir una pesadilla que nos asfixiaba a todos, también a ella misma.

Para el Ayuntamiento y para nuestro partido, el PAI, pese al escándalo que se formó, supuso un respiro. Y no digamos para Madelman y su familia, especialmente para Ramona, su

mujer. Para esa familia, la desaparición de Bo constituyó, a la vez, una venganza y un rescate. Un punto final.

Lo diré de ese modo: fue un punto final y por eso lo recuerdo antes como una ejecución que como un asesinato. Y no sólo yo.

Ahora bien, cuando el 17 de julio de 2014, jueves, sobre las seis y media de la tarde, todavía con casi cuarenta grados a la sombra en el termómetro digital de la cruz verde de la farmacia de la calle Caídos del Cielo, leí en un urgente del móvil el cómo de su muerte, al menos lo que en un primer momento se supo sobre las circunstancias, lo del fuego... —¡el fuego redentor!—, perdí los nervios.

«URGENTE: la exalcaldesa de Almarjal, Blanca Vilallonga, fallece en un incendio doméstico», decía la notificación del *Primicias.com*.

Me puse histérico.

Llamé a la segurata Merche Sorribes, que me contó los detalles que llegaban a la sede del partido. No me podía creer que se hubiera quemado. Me parecía imposible.

Se me cayó el teléfono, las tripas se me revolvieron y, de pura agitación, vomité en el alcorque de un árbol del amor. Sacudí su tronco y me cubrí de flores rosas. Después, dando tumbos, como herido por un puñal en el corazón, bramando, tomé el camino del bar que se llamaba Bar, el de la Rambla Inmemorial, y allí me emborraché con cerveza hasta que casi perdí la conciencia antes de la hora de cenar.

Digo que sentir un asesinato como un bálsamo no significa dejar de padecer por las circunstancias que puedan haberlo rodeado, ni obviar el hueco que esa muerte deja en la vida. Una cosa no quita las otras.

Ya en el Bar, con los codos clavados en la barra, entre un tanque y otro de Santamacho, la típica cerveza almarjareña, una rubia traidora que se bebe fácil como el agua, me vino al pensamiento el primer día que vi a Blanca Vilallonga, más de tres décadas atrás, en un remoto principio de curso, haciendo cola en la ventanilla de matriculaciones de la Facultad de Derecho. Llevaba media melena con ondas, la camisa blanca

con los puños doblados con la que debió de salir el último día del Floresta, el colegio de chicas del Opus de Almarjal, vaqueros gastados y una carpeta azul abrazada contra el pecho.

Resultaba obvio que era nueva. Participaba pulcritud e inseguridad.

Madelman me dio un codazo y dijo:

—Yeee..., Pecados, macho, ¿te has fijado en esa de la nariz y la boca de zorrita? Pero de zorrita el animal, ¿eh?, no de zorrita puta.

—¿La del pelo canela, tío? —pregunté—. Entiendo lo que quieres decir, zorrita en plan raposa, ¿no? Sí, tío, está buena de cojones. Sí..., pero me recuerda más a una Bo Derek almarjarena que a una fierecilla. Es la mujer diez local. Tiene los ojos azules de Bo Derek y, si te fijas, tío, le salen una especie de tirabuzones que también se parecen un poco a las trencitas de Bo Derek. Y encima está morena que te cagas...

—Tienes razón, macho. —Le explotó tal carcajada en la boca que lo dobló hacia adelante—. Se nota que vas a ser periodista.

—Escritor, tío.

Y de ahí le vino el mote a Bo Derek.

A continuación, con andares de pistolero, las manos en los bolsillos traseros del pantalón, nos aproximamos gastando esa frescura que sólo es graciosa de los quince a los veinte y fingimos conocerla de antes, haber charlado con ella en una hoguera de San Juan en la playa de Las Cañas.

—¿Mujer Diez? ¿Te llamabas Mujer Diez? —preguntó Madelman, creyendo que con ese halago se ganaba su interés.

—No... No nos dijiste tu nombre porque sales con uno que toca la mandolina en la tuna y te da vergüenza. —Agaché la barbilla para tragarme el jolgorio.

Ella sonrió con timidez. Respondió que nunca había estado en una fiesta nocturna en Las Cañas y que no le sonábamos de nada. Le ofrecimos que aprovechase, pues, la oportunidad para saber algo más de nosotros: los más simpáticos, para servirle. Se le escapó una risa espontánea y se cubrió la boca con la mano.

—Me llamo Blanca Vilallonga. Encantada... —Nos repartió dos besos fugaces a cada uno—. Sois los primeros chicos que conozco en la facultad.

—Y si de mí depende, seremos los últimos. —Madelman subrayó la bravata frotándose el mentón partido—. Yo me llamo Rafa y este de aquí se llama Lolo, pero puedes llamarle Pecados. —Mi amigo me dio un codazo sin retirar la mirada de los ojos de la chica—. Pecados, saluda a Blanca.

—Joder, tío, ya la he saludado. Me ha dado dos besos. Hola, Blanca.

Desde el minuto uno de aquel triángulo, yo fui el vértice que está, pero que sobra.

Después, la acompañamos a una sucursal de la caja de ahorros a pagar la tasa universitaria y ya no nos separamos de ella en toda la carrera. Entonces, sí, dejamos de verla por una larga, muy larga, temporada, hasta que, gracias a una cita pospuesta veinte años y a una mierda de idea del pene que Madelman ha tenido siempre por cerebro, la recuperamos hace ocho.

—¡Muerta, Bo Derek está muerta! —me grité, clavándome las uñas en las palmas de las manos con la frente dejada caer sobre el canto redondeado de la barra del bar que se llamaba Bar. Aunque luego me corregí—: Muerta no. Se ha quemado, ha sufrido un fenómeno espontáneo de autocombustión...

Dios mío, ¿autocombustión? ¿Bo Derek envuelta en llamas? Pero ¿cómo?!

Quería desaparecer, borrarirme, objetar de conciencia a la vida..., como si un mundo sin ella fuera pasable, pero no uno en que su castigo hubiera sido tan cruel. Y, sobre todo, no uno en que lo imposible, porque yo sabía que lo de quemarse era imposible, pudiera ocurrir.

¿Ardido? No podía entenderlo.

Las meninges me iban a saltar en pedazos y no paraba de sudar.

Ese julio el calor era más húmedo e inquietante que nunca y se adueñó también de nuestros pensamientos e intenciones. El verano se presentó con atmósfera de incendio interior, de fuego climático que convierte los cuerpos en brasas de expiación.

Bajo aquellas circunstancias, al aire acondicionado del bar que se llamaba Bar se le oía atosigarse con asma, si es que aquel zumbido de fondo no provenía de la cámara frigorífica a punto de rendirse o de la plancha de la cocina compitiendo en inflamación con la temperatura ambiente, y a mí me resultaba repulsivo sudar al tiempo que lloraba.

—Joder, Amina, ¿puedes subir un poco el aire?

—¿Subir o bajar?, rediós. —La aludida se secó las manos con un trapo y me miró con guasa—. Porque lo uno no hace falta y para lo otro estoy esperando al manitas de Air Peto... Y las ventanas están abiertas.

Amina atendía la barra del Bar con la autoridad de una locutora de programa de radio nocturno, escuchaba, sin juzgar y sin implicarse, los problemas de cualquiera que pidiese una copa. Atraía a los insomnes, los solitarios y los cornudos como una lámpara de la mesita de noche a los mosquitos.

Tenía una edad indeterminada entre los veintitantos y los cuarenta y pocos.

Era originaria de Pozo Manchego, lo que dejaba notar en su acento, pero hija de inmigrantes marroquíes. Aceitunada y huesuda, muy mora. Llevaba gafitas de bibliotecaria y el cabello recogido en un moño, aunque no se lo cubría con un hi-yab. Si era musulmana, sería del modo en que yo era cristiano, con reserva y sentido del humor.

Nadie se enamoraba de Amina porque también al amor, si se hubiera presentado con sed, lo habría tratado como a un cliente más. Ella no hacía distingos. Tampoco prisioneros.

—Baja la temperatura. Tengo calor. Me ahogo... —De mí sólo salía un hilo de voz.

—Tú lo que tienes es un *apechusque* de campeonato. —También a Amina le brillaba la frente y se le pegaba la camisa al cuerpo—. ¿Es por lo que ha dicho la radio sobre la excaldesa Vilallonga? Esa estuvo en este bar un día que no tenía buen día.

—Sí, es por la excaldesa... Anda, ponme otro tanque de Santamacho helada, por piedad. No pares de poner cerveza...

—¿Eres consciente de las que llevas? Te las estoy apuntando... Ea, *sanchagorras*, déjate algo para la vejez.

2

¿Que quién era yo? Buena pregunta, porque en la tragedia que unió y desunió a Blanca y Rafa, o sea, a Bo Derek y Madelman, lo fui todo, pero no fui nada. Los quise a los dos por separado, pero no juntos, y ellos me utilizaron, pero no me quisieron.

¿Quién era yo, pues? El perdedor. Sí, yo fui el perdedor.

El día del asesinato de Bo Derek, rondaba los cincuenta.

Había estudiado Derecho, aunque me ganaba la vida con unos alquileres y con lo que sacaba de las novelas publicadas con seudónimo. No me extrañaría que nadie supiera a qué me dedicaba, pues tenía mucho tiempo libre y lo gastaba caminando sin prisa ni destino por las calles de Almarjal, curioso, tomando café aquí o allá, disfrutando de sus diversas luces, olores y sonidos, deleitándome con las costumbres y la arquitectura, pegando la hebra con cualquier tendera, con cualquier urbano, asombrándome con el discurrir de lo cotidiano en las calles de mi ciudad. No como un turista, sino como una botella que flota en su mar.

No llevaba reloj, intuía la hora por lo que, a mi alrededor, contemplaba suceder en Almarjal. Si los salmonetes de rojo viejo dejaban de saltar en los mostradores del mercado, era que se acercaba el mediodía, y si los perros salían con sus dueños a hacer su segunda o tercera caca, que llegaba el momento de cenar, por poner dos ejemplos.

Yo era un transeúnte, ese tipo con quien te puedes cruzar en cualquier chaflán, con el que puedes coincidir en cualquier comercio. Un poco estafalario, divertido y buen conversador, aunque también histriónico, intenso y difícil de esquivar. Asiduo a cócteles y meriendas en casa de las señoras bien, así que tirando a rechoncho y obsequioso. Aquel cuyo

nombre sale mencionado en negrita en las crónicas sociales del *Diario de Almarjal*, pero que cada noche cena solo, se acuesta solo y al que, al final, entierran solo.

Estaba divorciado de mi amiga especial, mi prima Palo, y no tenía hijos, ninguno, seguro. Dormía en casa de papá, pasaba allí las noches, pendiente de su vacío mental y del cambio de turno de los dos cuidadores que lo atendían.

A mamá no la conocí en persona. Se me puede considerar el típico hijo de padre soltero.

Como se ve, un maduro infantilizado, un adulto sin emancipar del todo.

Y, por si me faltara algo, me llamaban y aún me llaman Pecados, aunque mi auténtico nombre sea Lolo, o más bien, Manolo Macarrón. Pero como resultaba cacofónico ese «Manolo Macarrón», incluso para papá, que fue quien impuso que me bautizaran como al abuelo que le fusilaron cuando lo del cantón de don Homero Aceituno de Marte, pues me lo acertaron con el apodo de «Lolo», que tantas burlas y capones me atrajo después en los jesuitas. Así que Lolo y Pecados, el mote que Madelman me puso en el colegio, fueron los apelativos con los que me quedé.

Aunque todavía ostenté un tercer nombre, por más que constituyese un secreto compartido sólo con Maribel Ferraz, mi editora.

Como creo que ya he mencionado de pasada, fui un escritor frustrado, al menos un escritor frustrado de gran literatura, porque, lo que se dice publicar, publiqué bastantes novelas rosas con seudónimo, y ese apodo literario sería el tercer nombre propio al que me refiero: Noa, Noa Maryland.

Sí, soy autor, bueno, Noa Maryland es la autora, pero yo soy ella. Tiene, digo, tengo, algunas novelas de amor que se venden bien en los Carrefour y los Alcampo. En especial, la trilogía escocesa *Cuateras de negros caballos enteros*, cuyo primer volumen casi ganó un Premio Prensa Almarjarena de la Diputación, y eso que Madelman, presidente de honor del jurado de ese año, no sabía que la obra era mía y no pudo influir para que resultase tan bien recibida.

Bo creo que sí, ella lo intuyó todo desde el principio. Todo, sin que yo se lo dijera.

La identidad de Noa Maryland queda, pues, al descubierto, ya no resultará un misterio. La falsa biografía que aparece en la solapa de sus novelas la redactó la propia Maribel Ferraz, o el departamento comercial de la editorial Beso de Tornillo, no sé, inspirándose en esas escritoras adolescentes con falsos apellidos norteamericanos que aprietan el corazón a lectoras de todas las edades, y la foto..., el retrato de Noa, en realidad, es de mi madre de joven, guapísima, en el baile de la Carpa Monegasca de la Feria de la Huerta, a principios de los sesenta, cuando papá le pidió que se casara con él y la muy hijaputa respondió que no.

Confieso que yo era un problema dentro de un problema que se escondía en otro problema, y así sucesivamente. Mi forma de ser resultaba un conjunto infinito de muñecas rusas con personalidad múltiple, o tal me parecía.

Porque todavía no he confesado lo más extraño sobre mi persona, lo más grotesco: además de llamarme Lolo y Pecados, no tener un trabajo normal, vivir con papá y ser escritor en secreto de novelas rosas, yo era el secretario de organización del PAI, del Partido Almarjareño Independiente.

Para no creer.

Sí, lo sé, incomprensible, pero mi amigo Madelman, cuando todavía era el alcalde Rafa Carnero y presidente del partido, me rogó que aceptase por él ese puesto tan delicado; a continuación, Bo Derek, su sucesora, cuando se convirtió en la alcaldesa Blanca Vilallonga y presidenta del partido, me rogó que continuara; y quien vino después, Cecilio Areizaga, el actual alcalde, no quiso cambiarme para que no se dijese que rompía con el pasado del PAI. Y de secretario de organización seguí, yo, que de política no entiendo nada. De personas sí, de política no, pero, precisamente, ese fue el argumento de Madelman para convencerme.

—Mira, Pecados, el puesto que ocuparás va de gestionar humanos, no propaganda —me lanzó con elocuencia de alcalde estadista, mientras dábamos vueltas a su despacho, su

brazo sobre mis hombros, como si estuviéramos pensando juntos.

Y acepté. Habría aceptado fuese cual fuese su propuesta.

Y ocurrió que, por mi cargo de secretario de organización, me tocó protagonizar la investigación interna del partido sobre las circunstancias de la muerte de Bo, y por eso conozco la verdad. Bueno, por esa investigación y porque soy el tercer protagonista de esta historia, porque pasé toda una vida al lado de estos dos dementes que se adoraron como enemigos y se maldijeron como amantes.

No, no al revés, exactamente así: se adoraron como enemigos y se maldijeron como amantes. Blanca y Rafa se quisieron mal, muy mal. Y utilizaron el poder político para destruirse, lo que constituye otra forma de corrupción; romántica, si se quiere, pero corrupción al cabo.

La segurata Sorribes, o sea, Merche Sorribes, era mi mejor fuente, mi infalible propagadora de rumores y mi comadre para las investigaciones de braga y bragueta. Era la guarda de la entrada del aparcamiento del partido, aquella que comprobaba la identidad de los ocupantes de los vehículos y levantaba la barrera.

Trabajaba para la empresa de seguridad privada Disuasión y Desinsectaciones Estornut, DDE S.A.

Ignoro cómo lo hacía, pero Sorribes siempre estaba al corriente de las ultimísimas novedades de la sociedad almarjareña.

Quizá cualquiera que llegase por la tarde al partido, tras saludarla con un «¿Me abres, Sorribes?» y contestar a su consabida pregunta: «¿Qué ha comido hoy la autoridad?», acababa regalándole un cotilleo.

Me imagino, por ejemplo, al actual alcalde y presidente del partido, Cecilio Areizaga, estirándose como una tortuga desde la penumbra del asiento trasero del coche oficial para hacer visible su cara de luna llena por encima del hombro del chófer y respondiendo:

—Un consomé, que estaba frío; pastel de carne de caza, que tampoco muy allá, y de postre, eso sí, las miniaturas de tetas de mazapán de las hermanas humilladas de Santa Sebastiana... Que me vuelven turulato, Sorribes.

—No me extraña, señor alcalde. Muy dulces, ¿sí?

O qué ha comido doña Delcy, o don Juanjo, o don Archibald..., porque le interesaban los menús del mediodía de todo el mundo. Y también los desayunos.

Digo que tal vez cualquiera que al entrar se viese abocado a detallar la minuta de su almuerzo puede que añadiera de propina un:

—Por cierto, Sorribes, no sabes lo que ha pasado...

O tal vez fuera la propia segurata quien, por inercia, tras informarse sobre el menú del conductor y los acompañantes, continuase con un:

—Pues qué rico almuerzo... Y oiga, ¿qué le han contado en esa comilona que resulte de interés para amenizar mi servicio?

Insisto en que no tengo idea sobre la forma en que lo conseguía, pero el caso es que, a la dicharachera guardiana, sin moverse de su puesto en la garita del parquin, no se le escapaba un detalle del devenir político, judicial, dinerario o ginecológico de la ciudad. Entre los que llegaban y los que se iban se lo contaban todo todo.

Así que, cuando, en esa tarde terrible del 17 de julio, frente a la farmacia de la calle Caídos del Cielo, por completo enajenado, la llamé para que me pusiera al corriente, ella se había empapado ya del tema y me informó de que, por lo visto, hubo un incendio, que los bomberos acudieron a apagarlo, que lo apagaron, que dentro del dormitorio donde se había iniciado el fuego encontraron a una mujer desnuda acostada y muerta, y que resultó ser la exalcaldesa Blanca Vilallonga.

Que estaba perfectamente identificada, que sí, que la policía no tenía ninguna duda.

Que debió de quedarse dormida con un pitillo en la mano, que alguna brasa saltaría sobre el colchón, hacía demasiado calor para que se cubriera con nada, y que no se despertó a tiempo.

No, no estaba claro si había alguien con ella, o al menos, no se comentaba nada de eso por ahí, pero lo que sí iba ya de boca en boca era que la exalcaldesa estaba fuera de casa, que la cama en la que había ardido era la de un pequeño apartamento del edificio Olimpo IV de la calle de la Conservera de Sardinias.

Y entonces, Sorribes me lanzó una pregunta explosiva como un disparo de escopeta en el paladar:

—Lolo, ¿no es ahí donde tienes tu apartamento? Mira que si...

—Cállate, Merche, joder... Cuántas veces te he dicho que no especules, que tienes demasiada imaginación para tu oficio. Ya se verá, eso ya se verá.

—Que no aprendo.

—No pones atención.

—Disculpa, Lolo... Buenas tardes, don Salvador... —Alejándose el teléfono de la cara—. Qué bueno tenerle en el partido... ¿Rico el almuerzo de hoy?... Le abro... Sí, sí, don Salvador, estoy al tanto...

—¡Sorribes...!

—Perdona, Lolo. Es que entraba el director del *Diario de Almarjal*.

—Sorribes, Merche..., del apartamento del Olimpo IV... Tú no digas...

—Qué voy a decir, soy una profesional. Lo de tu pisito sólo era una especulación, ¿sí?

—Además, Bo Derek no fumaba... —susurré meditativo—. Pero, desde que salió de la cárcel de Benibou, Madelman sí...

—¿Qué? ¿Quién dices?

—Nada que te importe.

—Ah, vale.

Pero no, no es que el crimen hubiera ocurrido ahí, donde tengo el apartamento, es que había sido justamente en mi apartamento. Ese era el mío, jese mismo!, el 43 de la escalera A. Me pregunté por qué el vigilante del Olimpo IV no había subido a las cinco para comprobar el estado del apartamento, o sea, lo que le había rogado que hiciese, y cómo era posible que Bo ardiera en llamas.

Y no encontraba más que una explicación... Joder, sólo una...

—Madelman, ¿qué ha pasado? ¿Qué has hecho...? Pero si no tenías más que entrar, verla y salir... —Me cubrí la cara con la mano izquierda, y ahora fui yo quien se apartó del teléfono para que la segurata Sorribes no me escuchara lamentarme.

Las hipótesis que se manejaban eran accidente, suicidio o asesinato. En realidad, todas, no cabe una más, aunque la del

suicidio parecía la más verosímil, según me transmitió Merche Sorribes. Sin embargo, la comidilla acabaría siendo dónde estaba la exalcaldesa echando la siesta, si hubo alguien con ella y, en ese caso, quién sería el pájaro que había volado.

Me sobraban clases de política de Madelman para imaginarme las preguntas, todas malintencionadas, que los periodistas iban a hacer a Sonsoles Hedilla, del Partido Liberal, la expresidenta de la Diputación y actual ministra del Interior, en cuanto compareciera ante la prensa. Y más conociendo su histórica enemistad con Madelman.

—Ya, Sorribes, pilló lo de las tres hipótesis. Pero ¿qué se especula? Suicidio, me comentas... —insistí para que mi confidente me tranquilizase, denotando con ello inquietud, miedo, desesperación.

—Pues sí, aunque también se especula con el exalcalde Rafa Carnero, ¿sí?, que precisamente hace unas semanas fue puesto en libertad de su prisión provisional por lo del chalé y...

—¡Merche!, corta toda fantasía respecto a ese señor, ¿te enteras? Si algún día quieres que te recomiende para un puesto en la policía local, para ya con esa mierda.

—Sí, a la orden, secretario de organización.

—Así me gusta, porque eso que has sugerido es imposible. ¿Me oyes? Cuenta por ahí a quien te encuentres que yo digo que es imposible de toda imposibilidad. Rafa Carnero no ha hecho nada. —No sabía cómo evitar la catástrofe que se nos avecinaba a Madelman y a mí, pero debía ganar tiempo a toda costa.

Al colgar fue cuando me mareé, se me cayó el móvil, me apoyé en el tronco de un árbol del amor, también llamado algarrobo loco y, tras una arcada, se me fue la vida por la boca en un espasmo ansioso, como si de golpe necesitara vaciar el estómago para hacer sitio a toda la angustia del mundo.

—Ay, hermana Abigail, otro como yo, que no aguanta tanta calor —comentó a la monjita filipina que la llevaba del brazo una señora sin carne en los huesos que pasaba por ahí.

Y tal que un zombi, me encaminé hacia el Bar, temblando con la zozobra de un condenado al garrote que estira el brazo

para aceptar esa última copita de anís con que templar el ánimo antes de la ejecución, con prisa errática de descerebrado.

Una vez allí, bebí litros de Santamacho hasta caer redondo, semiinconsciente y babeando.

Desde el suelo, con la oreja llena del serrín que Amina esparce a los pies de la barra para que luego le resulte fácil barrer las porquerías que cualquiera trae pegadas a los zapatos, acerté a vislumbrar una figura de violonchelo uniformado, con las mejillas escarlatas, la barbilla picuda, los hombros encogidos y los pulgares anclados en la correa con porra que circunvalaba sus caderas, que decía con voz de Merche Sorribes:

—Incidencia de oficial caído... Incidencia de oficial caído, ¿sí?

Salió Amina de la barra y vino hasta donde yo me había derrumbado vencido por la cerveza. Merche exhaló un sonoro suspiro mientras me daba palmaditas en la cara para que me despejase un poco.

—Rediós, Merche, ¿necesitas ayuda con este *sanchagorras*? —le preguntó Amina, inclinándose, palpándome los bolsillos para cobrar.

—No te preocupes, Amina. —La segurata, que transmitía tranquilidad y dominio de la situación, apartó las manos de Amina de mis bolsillos—. Y descuida, cobrarás... Estas insubordinaciones son corrientes en mi profesión de vigilante jurado y las resuelvo a diario. Me las arreglaré con él.

—¿No necesitas ayuda? —Amina se quedó en cucullas.

—No, muchas gracias. La profesional de la seguridad soy yo y me lo llevo a dormir la mona. Mañana lo interrogaré, ¿sí?

Experimenté la tortura en que consiste morir sin llegar a morir, quedarse atascado en la agonía del jadear sin aire, un padecimiento indescriptible.

Luego, la segurata Sorribes me arrastró hasta su casa como si yo fuera un saco, o peor, como si el muerto de aquella tarde hubiera sido yo.